

La izquierda en la transición *

GERÓNIMO DE SIERRA

Reflexionar sobre el papel de la izquierda en esta fase del proceso político uruguayo —y creo que esto vale para los otros países del cono sur— es un tema arduo, complejo y lleno de implicaciones no solamente políticas, sino propiamente emocionales y hasta morales.

Esto es así, en primer lugar, porque estamos saliendo lentamente de un régimen político que tuvo como uno de sus objetivos explícitos más importantes tratar de eliminar por todos los medios a su alcance la presencia ideológica, política, organizativa y hasta física, de las fuerzas de “izquierda”.

En segundo lugar porque en la búsqueda de ese objetivo, que sin duda puede ser llamado estratégico, el régimen cívico-militar ejerció un sinnúmero de violencias físicas y morales sobre miles de hombres y mujeres vinculados políticamente con la izquierda. Muchos de ellos aún siguen exiliados o en prisión. Otros están simplemente muertos, o desaparecidos.

En tercer lugar porque una buena parte de quienes en el nivel académico investigamos y reflexionamos sobre este tema, estamos notoriamente comprendidos en las generales de la ley, como actores y como víctimas directas.

De todas maneras —aunque llevada sin duda a una situación límite— esta situación tiñe al conjunto de la actividad científica en ciencias sociales, muy especialmente en el área política. No tendría, pues, sentido retroceder en este caso frente a esas dificultades epistemológicas.

Queríamos sí hacer la advertencia por respeto hacia muchos de nuestros colegas-víctimas, y para que se nos perdone algún sesgo involuntario que pudiera haberse deslizado en el presente trabajo.

¿De qué estamos hablando realmente cuando nos interrogamos sobre la situación y el papel actual de la izquierda, y su relación con la situación previa al golpe del año 1973? La pregunta es pertinente ya que no es lo mismo analizar la situación actual y en el pasado reciente de la izquierda como “idea fuerza” y como programa pesando en la conciencia de la po-

* Trabajo preparado para presentar en el Seminario Uruguay and Democracy, The Woodrow Wilson Center, Washington, D. C., septiembre de 1984.

Versión preliminar para discusión. No citar sin autorización del autor.

blación y en el espectro de las opciones políticas a nivel global, que analizar todos y cada uno de los partidos y grupos políticos de izquierda en tanto fuerzas organizadas con mayor o menor inserción social, y con mayor o menor vinculación con el sistema político y de partidos legales y con presencia electoral.

En otro momento y en otro contexto esa diferenciación de nivel de análisis también sería pertinente, pero seguramente tendría un interés explicativo menos relevante que en el estudio de la izquierda en los años de dictadura y la fase actual de transición. Esto es así porque más allá de la historia detallada y diferenciada de la represión a cada uno de los componentes o partidos de la izquierda, la lógica profunda del discurso y la práctica del gobierno dictatorial estuvo orientada a combatir y destruir a la izquierda como tal y en su conjunto. Eliminar a la izquierda como idea en el sistema de referencias de la nación, y a todos y cada uno de sus aparatos organizados, cualquiera que fuera su peso o significación real. Y casi podría decirse, cualquiera que fuera su línea política concreta.

Con esto no queremos decir que no se puedan encontrar diferencias muy importantes en la forma de ser tratados los militantes del MLN (tupamaros), del Partido Comunista y del PVP (Partido por la Victoria del Pueblo), por ejemplo, con relación a la política seguida para con otros grupos o partidos de izquierda.

Lo que queremos decir es que más allá de esas diferencias, el proyecto del gobierno y de las fuerzas armadas siempre tendió a unificar a toda la izquierda en el concepto de antipatria, de instrumento del extranjero, de sediciosos y subversivos marxistas, etcétera, tentando aplicar hasta sus últimas consecuencias el concepto de guerra total e integral, derivado de la doctrina de la seguridad nacional.

Dado el evidente éxito en la lucha directa contra los aparatos de los partidos de izquierda —reducidos durante años a una vida puramente clandestina y muy limitada, cuando no fueron totalmente aniquilados— es importante percibir que los hechos actuales tienden a mostrar que la batalla de aniquilación de la izquierda como idea, como programa, como alternativa, tuvo un resultado completamente distinto al anterior.

Aunque parezca paradójico, lo cierto es que el cierre del sistema político y la persecución encarnizada contra toda actividad y todo pensamiento tildado de “izquierdista”, parece haber tenido un resultado inverso al esperado.

Al decir esto no estamos haciendo referencia solamente a la renovada y ampliada presencia del Frente Amplio en la escena política, en particular en los últimos seis meses. Éste es sin duda un indicador de primera importancia de la sobrevivencia de la izquierda en tanto proyecto, en tanto punto de referencia no sólo programático, sino también emocional y subjetivo. Lo que queríamos jerarquizar era un aspecto menos visible y menos obvio del fracaso de la operación aniquilamiento.

Nos referimos al enorme papel jugado por las ideas de izquierda y por

los hombres de izquierda en la reconstrucción paulatina pero firme del tejido social popular, de los movimientos sociales, del nuevo sindicalismo, del nuevo movimiento estudiantil, etcétera. La mayoría absoluta de estos activistas —que trabajan en la clandestinidad o con enormes dificultades legales hasta hace muy pocos meses— son hombres jóvenes que no hicieron la experiencia pre 1973. Que no tuvieron mecanismos normales de socialización a las ideas de izquierda. Y sobre todo, que no estaban encuadrados y dirigidos por los aparatos de los partidos en tanto tales, dada la gran debilidad ya anotada de estos últimos. Y sin embargo la mayoría absoluta de ellos se autopercebe como de izquierda y busca un principio de identidad social y de continuidad histórica de su trabajo en el *ethos* de la izquierda. Más particularmente en el espacio y la mística del Frente Amplio.

Naturalmente que esta referencia a un espacio de izquierda, en tanto mística y en tanto programa, no significa que esos sectores y esos militantes conozcan con detalle el contenido concreto de su propio punto de referencia para situarse en el campo de la lucha social y de la confrontación política. Para este aspecto del problema que estamos analizando, esa imprecisión de contenido en el punto de referencia no es algo necesariamente relevante, o que limite los afectos profundos de ese fenómeno sobre el proceso de reconstrucción de la escena política.

En este sentido no debe nunca minimizarse la importancia de los esfuerzos hechos por el gobierno para eliminar definitivamente a la izquierda del propio sistema político legal previsto en los dos cronogramas que han regido la transición. Tanto el proyecto de reforma constitucional plebiscitado en 1980, como la posterior ley de partidos políticos, eran de una claridad y precisión excluyente que no dejaba lugar a duda alguna. No debe olvidarse tampoco que esos instrumentos jurídicos se veían reforzados por las proscripciones políticas radicales aplicadas contra toda la izquierda en el Acto Institucional 4 y varios otros decretos gubernamentales.

La reversión radical de esa situación en los últimos meses, si bien aún no es ni total ni definitiva, creemos que debe ser atribuida en primer lugar a ese fenómeno de “sobrevivencia” y sus efectos sobre el nuevo activismo social y político, y sólo en segunda instancia a la labor de las dirigencias y los aparatos políticos en cuanto tales.

Muchos cuadros y militantes de partidos de izquierda ilegalizados continuaron trabajando intensamente en estos años. No es por supuesto eso lo que aquí se discute. Bastaría recorrer las largas listas de presos políticos y sindicales de los últimos años para ver que esa labor de recomposición organizativa y política, y sus efectos sobre el mantenimiento de la memoria social de la izquierda, no es posible desdeñarla en el caso uruguayo. Esto es así por lo menos en el caso de tres o cuatro fuerzas mejor preparadas para el trabajo clandestino y que lograron recomponer un discurso político globalizante y unificador a lo largo del período más duro.

La reapertura acelerada en estos meses y semanas, de espacios legales

para muchos de esos militantes y de esos partidos hasta ayer perseguidos o en prisión, ha permitido ver cómo se había mantenido viva la receptividad y los lazos de solidaridad política hacia ellos. Sin duda pensamos que en breve plazo muchos de ellos volverán a ocupar posiciones políticas y sindicales de primer plano, fenómeno este de mucho más difícil concreción en los otros países del cono sur.

De todas maneras sigue siendo válida la afirmación que hacíamos antes en el sentido de la aparición de toda una nueva generación de militantes que han hecho su socialización política sin estar encuadrados en ningún partido o movimiento concreto. Es la masa de militantes estudiantiles, sindicales, culturales o barriales, que se autodefinen como "independientes" de izquierda. En general se sienten "frenteampelistas" (simpatizantes del Frente Amplio), pero sin tener una definición ideológica o política muy precisa.

Luego veremos lo que esto significa como eventual transformación de la estructura interna y el papel político global de la izquierda en el sistema político, en relación con la situación en los años previos al golpe de estado. Trataremos de ver, por ahora, cuáles son los factores principales que han hecho posible esta sobrevivencia masiva no sólo del sentimiento democrático, —izquierdista-socialista— en amplios sectores de la población y especialmente entre los jóvenes.

"Hermano, no te vayas; ha nacido una esperanza." Esta frase era un eslogan electoral del Frente Amplio durante las elecciones de 1971. Ante la profundidad de la crisis del país en esos años, y teniendo como telón de fondo la emigración masiva al exterior, ella consiguió captar el sentimiento profundo de una parte importante de la población, sobre todo en la capital del país, y en las capas jóvenes y relativamente educadas. Convocaba no a un programa sino más bien a un estado de ánimo, a una experiencia, a algo nuevo. Pretendía incidir sobre un fenómeno que era omnipresente en esos años: la sensación de que aquellos dirigentes políticos, aquellas capas dirigentes, y sobre todo, aquellas formas concretas de expresarse y ser vividas las normas democráticas, estaban agotadas. Muchos de los sectores más dinámicos de la sociedad, incluyendo buena parte de la juventud y de los sectores intelectuales más creativos, buscaban nuevos caminos, nuevas experiencias políticas y sobre todo, nuevas formas de participación directa, masivas y de base.

Creemos que es fundamental, para poder entender el actual renacer del sentimiento frenteampelista, tener bien presente que las formas de organización y de participación políticas inauguradas por el Frente Amplio en 1971, configuraron en ese momento una experiencia profundamente original, democrática y participativa. Experiencia que, si bien se nutría de la larga cultura política del país, y en cierto modo se emparentaba con el efecto renovador que en su tiempo representaron los "clubes políticos" del primer batllismo en los años 1971, 1972 y 1973, se constituyeron en una experiencia

profundamente radical en cuanto a su significado democratizador para quienes participaron en ella.

No podemos ahora entrar a su análisis, pero es indudable que los llamados "Comités de Base" del Frente Amplio representan una de las innovaciones más originales de la historia política del Uruguay moderno. Una innovación democratizadora que involucró a centenas de miles de personas —muchos de ellos niños y adolescentes sin derecho a voto en 1971— y que dejó sólidamente unidas en la conciencia de esos actores los temas de la democracia, la participación, y la militancia en el seno de la izquierda y del Frente Amplio.

En un momento en que la ausencia de democracia interna y de efectiva participación de las bases habían llegado a su paroxismo en el seno de los partidos Colorado y Nacional, la experiencia masiva e intensa en los Comités de Base del Frente Amplio se inscribió con un signo claramente positivo en la memoria de quienes hicieron esa experiencia. Éste es un primer elemento, pues, a tener en cuenta.

Un segundo elemento importante a tener en cuenta es el hecho de que el Frente Amplio aparece como alternativa de democratización de las estructuras económicas y sociales del país —y en cierto modo del propio Estado— en un momento de agudización de la crisis económica nacional, y cuando ya hacía varios años que la "dictadura constitucional" de Pacheco hacía muy difícil que nadie visualizara aquel régimen político como "el polo democrático" amenazado por fuerzas de izquierda de "contenido autoritario". En ese marco, ni la propaganda antimarxista —o, los debates más teóricos sobre la relación entre marxismo y democracia política— ni los duros embates ideológicos y represivos contra los sectores de la izquierda que realizaban oposición armada al régimen, consiguieron empañar la convicción profunda de todos los militantes de izquierda, en el sentido de que eran ellos los abanderados de la libertad y la democracia.

No sólo porque su estilo de hacer política era más abierto y participativo; no sólo porque sus banderas programáticas postulaban profundizar en todos los planos las tradiciones y valores democráticos del país; sino también porque tanto en la calle como en los lugares de estudio y de trabajo, así como en el propio Parlamento, eran sus militantes los que más atacaban los avances represivos y cada vez más autoritarios del gobierno y los sectores golpistas, que ya se manifestaban en las fuerzas armadas y en ambos partidos tradicionales.

En esos años el gobierno y sus apoyos políticos eran sin la menor duda los mayores factores de violencia, de autoritarismo y de decaimiento de las prácticas democráticas. Cuando la represión a todos y cada uno de los grupos políticos de izquierda se generalizó, y cuando abarcó además a miles de intelectuales o simpatizantes no militantes, se fue generando un "efecto víctima", que lejos de aniquilar la presencia de la izquierda, le fue dando a ésta algo de lo que carecía hasta ese entonces en el país. Al menos al

nivel de la conciencia de masas relativamente numerosas y de politización no demasiado alta. Nos referimos al elemento unificador de ser perseguidos por “luchar por la democracia”, por oponerse al militarismo, y por contar con “mártires” políticos.

El hecho de que muchos de esos mártires eran además personalidades políticas, sociales y culturales de primer nivel nacional, les confiere un elemento cohesionador e integrador al proceso histórico global nada desdeñable. En el mismo acto de su persecución, el régimen está favoreciendo la incorporación de la izquierda al sistema político y social del país. Como ha dicho un colega, el período de la dictadura fue dando nacimiento a un nuevo “partido tradicional” en el país: el Frente Amplio.

Como se habrá percibido, nuestras hipótesis centrales sobre la relación —en el caso uruguayo— entre el espacio político ocupado por la izquierda y la problemática de la democracia, están muy lejos de aquellas que sostienen que uno de los principales componentes desestabilizadores de la democracia en el cono sur ha sido la relación puramente instrumental, en el mejor de los casos, de las fuerzas políticas de izquierda y los valores democráticos en tanto sistema político. La abundante literatura que abona en este sentido, a veces hace hincapié en las contradicciones de nivel teórico e ideológico —en general se las presenta vinculadas a las raíces marxistas y leninistas— y otras veces jerarquiza más los aspectos metodológicos, en particular la forma de relacionarse con la lucha armada en la brega por la obtención de objetivos democráticos; ya sea en el plano político, ya en el económico social.

Sin querer minimizar los problemas prácticos y teóricos implicados en esas consideraciones —incluyendo el caso uruguayo— pensamos que las experiencias directamente políticas, así como el trabajo realizado durante muchos años en los frentes sociales y culturales —antes y después del golpe de estado— por los sectores de izquierda en sus diferentes componentes, los vinculan mucho más al movimiento de profundización democrática que al de su debilitamiento. Incluso, como ya dijimos, es esa propia experiencia uno de los fundamentos de la sobrevivencia, y aun el crecimiento, de la presencia de la izquierda en la sociedad y el sistema político uruguayo. Como se sabe, hasta el momento ese fenómeno no se ha producido en los casos de Brasil y Argentina, en sus por cierto diferentes procesos de redemocratización.

En particular queremos ahora insistir en el hecho —no siempre debidamente jerarquizado— de que desde mucho antes del golpe de estado, la experiencia constitutiva de la izquierda uruguaya la hizo actora directa y principal de experiencias democratizadoras de la sociedad civil en su polo popular o subordinado. Incluso se podría decir que su propia marginalidad político-electoral hasta 1971, la había obligado a desarrollar la “política” en tanto práctica de sociabilidad y construcción-reconstrucción del tejido social. Si bien esto en el plano de la política global le creó varios de los sín-

dromes de minoría previsible, incluyendo ciertos reflejos de tipo voluntarista, o incluso "autoritarios". Sin embargo lo que predominó fue su inserción en las crecientes y cada vez más pujantes organizaciones de base en muy diferentes fuentes.

Tanto a nivel de la vida gremial estudiantil como en los sindicatos, durante años la izquierda fue realizando una experiencia de efectiva participación en lo que podríamos llamar la "política fuera de la escena política". Esto generó sin duda problemas de desfases entre la vida social y gremial, y sus exigencias corporativas, y la actividad propiamente política, especialmente la práctica electoral. No hay duda que este problema —ya analizado por varios autores— creó una cierta dinámica desestabilizadora para todo el sistema político. Pero al mismo tiempo debe rescatarse todo lo que significó como maduración de estructuras realmente participativas y democráticas, para amplios sectores sociales populares que carecían de toda otra forma de participación directa en la gestión de sus problemas que no fuera el votar cada cuatro o cinco años.

Los analistas de todas las tendencias políticas coinciden hoy en considerar este hecho como una de las razones de la indudable legitimidad que tenían y siguen teniendo los dirigentes gremiales de izquierda, a pesar de que una gran parte de la base acompaña políticamente a los partidos tradicionales.

Durante los años duros de la represión y cuando toda la actividad política estaba prohibida, esa tradición permitió ayudar a la recomposición de la sociedad civil popular y a la emergencia de nuevas organizaciones, pero acompañando en lo central a esa tradición de tipo democrático y participativo. El mantenimiento o renacimiento de las tradiciones programáticas y organizativas —y hasta los nombres— de los viejos gremios y sindicatos más que el fruto de operaciones de cúpulas o aparatos que apenas habían sobrevivido, fue el efecto en primer lugar de esa larga experiencia histórica.

El mayor espacio legal que fueron consiguiendo los gremios estudiantiles y de trabajadores, y sus lados con las tradiciones democráticas ya mencionadas, facilitaron que por medio de ellos —antes que los de los propios partidos— fueran siendo colocados en el nivel de masas los grandes temas democráticos levantados por la oposición. Dada la vinculación histórica y actual de la dirección de dichos movimientos sociales con el espectro político de izquierda, esto a su vez ayudó a abrirles espacio en la escena política a los propios partidos y dirigentes políticos de izquierda que aún estaban proscritos.

La gravedad del momento histórico por que atraviesa el país, y las serias dificultades que tendrá el futuro gobierno, hicieron a su vez que tanto los partidos tradicionales como las fuerzas armadas fueran paulatinamente reconociendo el espacio formal de la izquierda en el futuro régimen. También ayudó a este reconocimiento el hecho de que prácticamente todos los grupos significativos de izquierda hubieran aceptado como claramente útil

y positivista la alianza con los partidos tradicionales para acelerar el cambio de régimen. Practicamente nadie confundió estos objetivos democratizadores, en lo jurídico-político, con sus proyectos a más o menos largo plazo de transformaciones socioeconómicas profundas, incluyendo la meta de una sociedad socialista.

Incluso se dio el hecho político poco frecuente de que, por mayoría, el Frente Amplio haya adoptado una táctica para facilitar la transición que se situó en una óptica más negociadora y más flexible que la adoptada por el Partido Nacional. Como efecto político inmediato y casi mecánico, lo lanzó más directamente al centro de la escena, pues lo convirtió en el factor decisivo para hacer "viable" el acuerdo de transición con los militares.

Dicho acuerdo normalizó las reglas de la transición y le devolvió a la izquierda una parte muy importante de sus derechos políticos, incluso en el plano electoral. El Frente Amplio, si bien fue reconocido en cuanto coalición, sigue teniendo proscripto a su presidente y candidato natural a la presidencia de la república, el general Líber Seregni. También siguen proscritos y prohibidos de actuar legalmente el Partido Comunista, el Movimiento Patria Grande, el Partido por la Victoria del Pueblo y el Movimiento 26 de Marzo.

Estas proscripciones están lejos de ser marginales pues afectan a miles de candidatos y representan fuerzas que en la elección de 1971 constituían cerca del 60 por ciento de todos los votos del Frente Amplio. Si bien en la práctica el día de hoy existe una tolerancia de facto para el trabajo político de dichos grupos, en el plano electoral esas proscripciones indudablemente pueden tener efectos bastante profundos sobre los equilibrios internos en el seno del Frente Amplio. Por otra parte es indudable que sumadas a la proscripción de Wilson Ferreira Aldunate, limitan considerablemente la legitimidad del nuevo gobierno y pueden incluso agregar elementos de inestabilidad al propio régimen futuro.

En lo formal la tendencia es hacia la recomposición del espectro político anterior al golpe, incluyendo aparentemente el espacio interno de la propia izquierda. Sin embargo nos parece que se deben jerarquizar algunos cambios significativos que se están produciendo —y sin duda se desarrollarán aún más en los próximos años—, aunque es difícil prever un perfil definitivo. Dichos cambios no son solamente cuantitativos, sino también de orientación política de algunas fuerzas de izquierda y en el equilibrio interno en el seno del Frente Amplio.

A todo ello debe agregarse naturalmente el cambio sustancial del contexto social y político del país con relación al momento en que nació el Frente Amplio. En particular el tipo y el grado de las luchas gremiales y políticas es hoy día sustancialmente diferente. Está ausente por ahora el tipo de conflictos y de movilizaciones que hacían percibir a los sindicatos y al Frente Amplio como una "amenaza potencial", no sólo para el gobierno sino para el propio capitalismo. En rigor varios autores ya señalaron que

esa percepción de los sectores dirigentes era exagerada, o por lo menos desfasada en el tiempo, salvo quizás en cuanto al movimiento guerrillero. Pero lo cierto es que el hecho de que al día de hoy ningún partido proponga la lucha armada como forma de acción contra el régimen militar, o para acelerar en el corto plazo los cambios socioeconómicos reclamados, ha facilitado esa reinscripción de *toda* la izquierda en el sistema político.

De hecho todo parecería indicar que el 1 de marzo de 1985 no sólo cesarán todas las proscripciones de derechos políticos, sino que probablemente el nuevo gobierno devolverá la legalidad de acción a todos los partidos, incluyendo al Partido Comunista y al Partido por la Victoria del Pueblo (PVP).¹

Volvamos un poco al análisis de lo que permanece y de lo que está cambiando en el seno de la izquierda.

Lo primero que impacta como elemento de continuidad es el hecho de que a pesar de todos los grupos que desaparecieron de facto, de la ausencia por diversas razones —especialmente represivas— de varios dirigentes de primera línea, y pese a los cambios profundos acaecidos en la sociedad, todos los grupos sobrevivientes siguieron considerando al Frente Amplio como la coalición imprescindible para el avance de los planteos programáticos de izquierda en la actual etapa histórica. Incluso puede decirse que el ingreso al Frente del PVP —que no lo integraba en 1971-1973— completa la gama político-ideológica de la coalición y consolida el absoluto predominio de los frentistas en la conducción del movimiento social.

También parece seguir siendo una característica estable, en esta etapa histórica, la permanencia de una multiplicidad de organizaciones como canales “necesarios” de expresión política de diversos sectores y familias dentro de la izquierda uruguaya. El hecho merece ser señalado, pues él convive, como dijimos, con la clara percepción de la imprescindible unidad a nivel del Frente Amplio, es decir, no sólo de un marco de coordinación organizativa y de acumulación electoral, sino también de un programa concreto para impulsar en una etapa histórica determinada.

En esos dos elementos señalados está inscripta una de las tensiones actuales en el campo de la izquierda. La necesidad de unirse para pesar a nivel de amplias capas sociales y, al mismo tiempo, la voluntad de varios de sus partidos de captar para su proyecto específico a esa gran masa de “independientes” que emergen del período dictatorial. Aún es muy pronto para saber el desenlace de esta tensión, pero es indudable que del resultado dependerá el perfil político del Frente Amplio en los próximos años. En

¹ Al Partido Comunista, de línea marxista-leninista clásica, el régimen lo visualizaba como “agente subversivo del comunismo internacional”. El PVP que combina su orientación marxista actual con una tradición de cuño libertario, es visualizado por el régimen como un componente “sedicioso y violentista” en el espectro de izquierda.

cualquier hipótesis, al día de hoy el Frente Amplio tiene y tendrá un mayor espacio en cuanto fuerza específica y unitaria que en 1971, donde era mucho más predominante el carácter de "coalición de partidos".

De casi 30 grupos que integraban en 1971 el Frente Amplio, actualmente hay sólo 13 que forman parte de su Plenario Nacional. Los ausentes en su casi totalidad han desaparecido o pasan por una fase de reconstrucción bastante difícil. En cuanto a los 13 grupos sobrevivientes, no es demasiado aventurado afirmar que varios de ellos tienen una presencia más de tipo "representación-simbólica" que propiamente política y organizativa en el seno de las bases o de los movimientos sociales emergentes en esta etapa histórica. En algún caso extremo incluso más que de grupo político, o corriente de opinión con perfiles propios, debería hablarse de personalidades con una cierta trayectoria política.

En tanto significación política específica y una presencia social organizada, no sólo de tipo electoral, al día de hoy existe un cierto consenso, en reconocer cuatro familias políticas básicas en el seno del Frente Amplio: los dos partidos "históricos" de la izquierda uruguaya (Partido Comunista y Partido Socialista), Partido Demócrata Cristiano, y la coalición Izquierda Democrática Independiente (IDI).

Al día de hoy es aún muy difícil poder hacer un pronóstico preciso sobre el peso y las potencialidades reales de crecimiento de cada uno de esos sectores. No sólo en cuanto a su capacidad organizativa sino fundamentalmente en cuanto a su capacidad de influir en el perfil ideológico-político del Frente Amplio y de las nuevas generaciones de militantes y de votantes. Todos ellos cuentan con una tradición electoral y al mismo tiempo con una presencia organizada en los movimientos sociales, elemento este muy importante para evaluar las relaciones de fuerza en el seno del Frente Amplio. Pero es claro que esos elementos han de estar subordinados a la mayor o menor capacidad de penetración de sus propias propuestas políticas e incluso "culturales".

Ese proceso de diferenciación-captación no es algo simple o que pueda pronosticársele un derrotero predefinido. En primer lugar porque se conoce poco sobre la estructura real de las expectativas ideológicas y culturales de las nuevas generaciones de izquierda, las que en cualquier hipótesis está claro que tienen un bajo nivel de formación y discusión propiamente política. Pero tanto o más importante que ese elemento de lo que podríamos llamar el lado de la "demanda", es el hecho de que hasta el momento prácticamente no se ha organizado una verdadera discusión política en el seno de la izquierda. La ausencia de ese debate —y por lo tanto de balances autocríticos, salvo muy raras excepciones— hace difícil prever cuál ha de ser el "rostro" con el que han de emerger esas fuerzas en esta nueva etapa histórica. Hasta el momento la magnitud y la urgencia de las tareas antidictatoriales habían ocupado casi todo el discurso de cada uno de los partidos.

A medida que se vaya cerrando el período de transición, evidentemente otros temas más complejos irán ocupando la escena. Lo que sí se puede prever es un recentramiento de algunos de los temas eje. Entre otros el tema del socialismo, sus relaciones con la democracia política, y el viejo tema de las vías para llegar a él y defenderlo sin militarizar toda la sociedad y el sistema político, ya empiezan a ocupar un lugar en la platea antes de que se levante el telón.

En forma sutil y sin hacer mucho ruido, el tema del socialismo como modelo final de sociedad para el Uruguay, fue ganando espacio en el seno de casi todos los grupos frenteamplistas que en 1971 estaban bastante lejos aún de una problemática de ese tipo.

En aquel momento se hablaba mucho más de “revolución” que de “socialismo”, incluyendo los grupos que provenían de los partidos tradicionales (Erro, Michellini, Alba Roballo, etc.). Naturalmente la connotación de esas palabras no era la misma para cada uno de los grupos que la usaban. Pero lo cierto es que en esta nueva etapa que se abre, casi nadie habla de revolución, pero al mismo tiempo casi todos los grupos sienten ahora la necesidad de reafirmar su definición socialista.

Teniendo en cuenta que en los últimos dos años también importantes grupos de los partidos tradicionales elogian a la social-democracia y se declaran próximos a su ideología, se puede percibir con facilidad que esa generalización a nivel de “especie” no contribuye mucho a clarificar el concepto al nivel de “género”.

En todo caso no puede considerarse un hecho intrascendente que movimientos como Patria Grande, Pregón o Gobierno del Pueblo, se hayan definido explícitamente por el socialismo como meta. Incluso que la Democracia Cristiana también se defina a favor de un “socialismo autogestionario”. Es cierto que todo el espectro político se desplazó —al menos coyunturalmente— hacia la izquierda, pero de todos modos ahora se abrirá un debate más sutil sobre los distintos modelos socialistas, sus relaciones con la democracia, con la participación popular, con lo electoral, etc. Es difícil pensar que todo eso no pase de un ejercicio retórico y no deje ningún saldo político concreto, tanto en el seno de la izquierda como en el conjunto del sistema político.

Esta hipótesis —que ha de tener efectos duraderos— nos parece especialmente plausible en un país como el Uruguay, con su profunda tradición democrática y popular, con su experiencia participativa, y que pasa por un nuevo foso en la larguísima crisis de su modelo capitalista dependiente. Si ello se confirmara, es indudable que el Frente Amplio estaría destinado, a mediano plazo, a jugar un papel decisivo para los destinos del país.